



En enero 2010 ya fue mi primer día en “Los Pinos”. Con mucho alegría previa y un poco de miedo me sentía confrontada con una situación nueva-3 meses de voluntariado.

Me acuerdo muy bien a los primeros momentos, al aire caliente y agobiante del verano santiaguino cuándo el micro morado y desvencijado me dejó frente del portón enrejado y ojos de niños quienes examinan curiosos la llegada de la nueva gringa.

Desde el principio fue confrontada con espíritu abierto latinoamericano y los niños reídos me facilitaron el comienzo en el fin del mundo. Pues no era tan fácil. La pobreza en el barrio y las cuentas duras y difíciles cuales están ocultas atrás de ojos felices me partieron el alma. Pero con el tiempo se aprende tratar con estas situaciones.

Los talleres semanales de inglés con Tania, otra voluntaria eran cada vez un nuevo desafío. Pues, no era difícil el contenido pero los niños aprovechan una formación distinta cómo en Europa. ¿Quedarse tranquilo? Extranjerismo. ¿Estirar? Tampoco. Y ¿callarse? Imposible. ¿Y todo eso el día lunes cuándo se tiene que contar las historias del fin de semana?

Pero con juegos, dibujos, canciones y movimientos podíamos enseñarles un poco, por lo menos temporalmente. Al principio era difícil motivar los niños porque era más importante ganar el próximo partido de taka-taka o jugar UNO. Pero cuándo querían participar tantos niños que no podíamos aceptar todos, cuándo los niños preguntaron el martes por la próxima sesión de inglés, eso fue un sentimiento increíble.

Gracias también a las tías quienes siempre tenían tiempo para conversar, y para su apoyo cuándo alguien tenía problemas.

Para mí los meses estuvieron valiosos e instructivos acompañado de niños cariñosos y tías dispuestos y amables. Un tiempo inolvidable que pasó demasiado rápido pero los recuerdos al micro morado y desvencijado y niños felices me van a acompañar toda mi vida.